

Los ojos de Paul Newman

Hay heridas para las que no existe sutura. Cortes en los que la sangre, gota a gota, sigue asomándose para deslizarse por la piel y recordarnos que sigue ahí, escociendo, avivando como un fuelle el fuego de nuestras miserias, y cómo no, eternizando el odio por quien lo abrió.

Hacia tiempo que Sara me había dejado, mucho, tanto que podían contarse las noches en vela por meses, los amaneceres de almohadas empapadas en llanto por años. Y el dolor, ese maldito dolor podía enumerarse por los millones de minutos que pasé mordiéndome los labios, dejando que calase hasta mi paladar la bilis del derrotado. Mucho tiempo sí, pero no el suficiente como para calmar mi odio, saciar la sed de venganza, y sobre todo...para que la herida cerrase de una vez por todas.

Probablemente había sido yo el único culpable de que acabara abandonándome. Fui yo el que llevó las riendas de un matrimonio indolente, donde la apatía se había enraizado y los repetitivos *polvos* de los sábados por la noche no eran capaces de almibarar la inocuidad del resto de días. Quizá fuera porque mi trabajo me absorbía sobremanera, o que el trajín del día a día no me dejaba ver más allá de mi propia sombra, o puede que, sí, seguramente, era que consideraba a Sara como algo de mi propiedad, un elemento que nadie podía quedarse a no ser que me lo robara, como la televisión, el coche o mi colección de elepés de Led Zeppelin.

Me había acostumbrado a que estuviera en mi vida, así sin más, cumpliendo las comunes liturgias de un aburrido matrimonio. Al despertarme debía estar en el baño, maquillándose antes de salir hacia la oficina. Al regreso a mediodía su lugar era la cocina, entre el humo de los guisos y el perfume dulzón de la botella de vino que acompañaba mis bocados. Por la tarde, para cuando llegara a casa ya debía estar preparada para salir a dar un paseo por el barrio o por cualquier lugar en el que no hubiera un colegio, un parque, una ludoteca, o cualquier otro lugar con niños que nos recordaran nuestro vacío.

¿Y si fue esa nuestra condena, y si fue ese vacío el que la alejó de mí?

Nos casamos jóvenes, con apenas veintidós años ambos. Eliminamos las barreras que habíamos usado desde novios para no tener un susto, y dejamos que la naturaleza obrara su magia sin prisas. Ya llegará; nos decíamos mientras una nueva menstruación procrastinaba nuestras ilusiones.

Pasaron los años y al cambiar de década nos obligamos a creer que nunca escucharíamos niños correteando por el pasillo, que no nos levantaríamos a mitad de noche entre llantos para preparar un biberón, que no nos volveríamos locos para tratar de hacer coincidir horarios. Recién estrenado el cambio de dígito ya nos habíamos convertido en una pareja anodina y hastiada, que apenas se miraba a los ojos y cuya mayor diversión era ver una película tras otra los fines de semana. En alguna ocasión Sara planteó hacernos pruebas para poner nombre a nuestra nula fertilidad, o buscarle un remedio si es que era reversible o solucionable. Mi miedo empero, a ser el culpable de aquel fracaso, hacía que guardase silencio ante su propuesta...una vez, dos veces, tres veces...hasta que simplemente dejó de preguntarlo, y de lamentarse, se convirtió en lo que yo probablemente deseaba que fuese, un elemento más del mobiliario.

Debí verlo venir, pero estaba demasiado ocupado en compadecerme de mí mismo y nutrir de lágrimas no afloradas a un corazón que ya se trataba de latir por costumbre, simplemente porque debía hacerlo. Los cambios de ropa, los tintineos de mensajes en el móvil a deshoras, los cafés con esas amigas de la oficina cuyos nombres ni siquiera decía, susurros a media noche desde el otro lado del piso, engullidos por ese oneroso silencio que nace de la oscuridad y que convierte un sonido de cañerías en la visita de un fantasma de armario. Indicios que acomodado en la poltrona del conformismo pasaba por alto, pero que ahora, rememorándolos desde la distancia, descubro como reveladores. Pero lo cierto es que no fui consciente de la situación hasta que un viernes por la tarde, al llegar a casa con la espalda curvada y la bata del laboratorio arrugada bajo el brazo, un sinnúmero de cajones vacíos, puertas abiertas y percheros huérfanos, me confirmaron su abandono antes incluso de que leyera la carta que con unas breves e inexpresivas líneas corroboraba el giro que acababa de dar mi vida, en aquel preciso momento. Porque una cosa era sentirse solo y otra muy diferente era estarlo.

Huelga relatar lo que aquellas siete u ocho líneas, escritas con mala y acelerada letra, trataban de explicar. Supongo que todos los abandonos se basan en una pirámide de excusas, que van desde las más banales y que forman la base, hasta la última que lo precipita. En nuestro caso era obvio, no necesitaba leer aquellas palabras, escritas con un horrible *bic* verde, para saber que era la soledad de su vientre inhabitado la que se había convertido en esa manida gota que colma el vaso. Lo que no había detallado y podía leerse entre líneas con tanta nitidez, que no hubiera estado tan claro si hubiera tenido el valor para hacerlo, es que había otro hombre, uno que probablemente hubiera inundado su futuro de ilusiones, su lóbulo de suspiros y sus labios de besos.

Ahí estaba, acababa de encontrar a quien culpar de aquel fracaso, un villano que la había arrancado de mi costado como quien deshoja un flor sin esperar a que el otoño curse su obra.

Eran mis pétalos. Puede que no hubiera rescatado su aroma desde hacía mucho, ni apreciado con mimo el brillo de sus colores, pero los consideraba míos, y ahora yo era un tallo sin flor que mecido por el viento de la incertidumbre, esperaba un invierno mucho más frío que los anteriores, gélido. Aunque había algo, un leitmotiv que podía llenar de luz un horizonte demasiado oscuro, y no era otro que la arcaica y satisfactoria venganza.

No resultó demasiado complicado poner rostro, incluso nombre y apellidos, así como profesión y costumbres, a los brazos que usurpando mi lugar, dormían cada noche abrazados a un cuerpo que yo añoré desde el primer momento de soledad. Las calles y sus moradores se alimentan de miseria ajena para hacer las suyas menos dolorosas, por lo que no faltaron los que me decían con quién habían visto a Sara, y desde luego, por dónde y a qué intempestivas horas. Yo asentía cada comentario, tratando en vano de mostrar un rictus imperturbable que enmascarase el dolor que me inoculaba cada una de sus aseveraciones. Por dentro empero, iba creciendo un odio exacerbado por aquel tipo que me había robado a Sara. Porque eso era lo que me había hecho. Meforcé a creerlo de tal modo que no había una certeza mayor en el mundo. Puede que el planeta Tierra no girase en torno al sol, que la luna no tuviera influencia alguna sobre la marea o que Newton sólo fuera un charlatán pretensioso, pero aquel hijo de puta me había robado a Sara, como un vulgar robaperas que se lleva los tapacubos de un coche en un callejón, el típico maleante al que no se le puede desear otra cosa que la mayor de las penalidades, el más cruel de los tormentos...o quizá...sí, para esa clase de gente sólo existe un pago justo por su vileza. Lo supe en aquel momento. Mi cruzada comenzaba en contra del infiel y sólo existía un castigo posible para saciar mi venganza; aquel hombre debía morir, y debía saber que era yo quien le robaba el aliento, igual que él había robado el mío.

Jonás Azofra regentaba un local de jazz del centro, en mitad de un callejón cerca de la iglesia de Santa Jimena. Era un tipo que rondaba los cuarenta, de aspecto cansado, pelo desmañado y unas eternas ojeras columpiándose de una mirada verde esmeralda. A mis ojos no era más que un vulgar ladrón, un tipo capaz de romper un matrimonio, simplemente para satisfacer sus placeres más primarios, fuera cuales fuesen. Sin embargo, si lo razonaba con el más mínimo detenimiento, tenía que reconocerle ese umbrío atractivo de quien ha vivido más de lo que desea contar, y por supuesto, admitir.

Todas las noches cerraba el local a la misma hora, tuviera o no clientela. A las tres y diez de la madrugada salía del local y cerraba con dos vueltas una cerradura que no hubiera aguantado el mismo número de patadas. Recogía su cuerpo flaco y retorcido como el sarmiento de una cepa centenaria, en el interior de un grueso gabán, y caminaba con pasos lentos hacia una de las arterias principales de la ciudad, donde aguardaba en una marquesina la llegada del bus. En ninguna de las innumerables noches de vigilancia me molesté en averiguar el número del bus nocturno que le recogía. En realidad no me era necesario saberlo, en el tramo que transcurría desde la puerta de su local de jazz hasta la entrada al callejón desde la avenida Julio Cortázar tenía mil sombras tras las que guarecerme y esperar mi oportunidad. El rencor y el deseo de venganza me masticaban con ansia las entrañas. Hasta era capaz de rescatar el regusto amargo de la bilis en la comisura de los labios, cada vez que escondido entre los contenedores que nutrían el callejón, o pertrechado tras la esquina de la iglesia de Santa Jimena, observaba el paso tranquilo de Jonás, de su local hacia la marquesina, y le imaginaba minutos después, abriéndose paso entre las piernas de Sara, sumidos ambos en una banda sonora de jadeos y gritos ahogados por la almohada.

El siguiente paso fue mucho más sencillo de lo que esperaba. Habrá quien piense que es complicado hacerse con un revólver sin registrar, pero no es así. De hecho, basta con apare-

cer por uno de los numerosos barrios conflictivos e insalubres de la ciudad con gesto sombrío y un buen fajo en el bolsillo. Antes de dar mi segunda vuelta a la manzana me abordó un tipo que vestía una camiseta hecha jirones y un par de imperdibles a modo de pendientes, que me ofreció heroína, cocaína, hachís o cualquier droga ilegal que quisiera. Cuando exhibí mis pretensiones y dejé entrever los billetes de cincuenta enrollados que daban relieve al bolsillo, me mostró una desagradable y nauseabunda sonrisa, en las que había tantos dientes amarillentos y mellados, como ausencias entre ellos. Asintió y desapareció entre las sombras de una callejón, regresando tan sólo un cuarto de hora después, con un pequeño Colt de tambor envuelto entre los restos azulados de lo que un día fueron unos vaqueros Bonaventure. Ni él me pidió un precio por el arma, ni yo regateé en lo más mínimo, por si me pudiera ahorrar algo del dinero que había recogido de mis ahorros, y que si la memoria no me falla, creo que ascendía a setecientos euros. Recogí el revólver, lo guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta y me marché de aquel barrio, en el que semanas antes no hubiera entrado ni loco, con una extraña sensación de poder embriagándome. El revólver, que ni siquiera sabía si estaba cargado —más tarde supe que así era— me insuflaba una desmedida sensación de poder. Nada ni nadie podía entrometerse ya en mi firme decisión de detener el latido de aquel tipo que aseguraba regentar un local de jazz, pero que en realidad se dedicaba a hundir la vida de quienes, como yo, creían tenerla perfectamente encauzada.

Elegí la noche del miércoles porque era, con diferencia, la menos concurrida en las calles de la ciudad. Me acerqué al callejón alrededor de la medianoche y ataviado con ropa oscura y oculto tras unos cartones, detrás de uno de los hediondos contenedores que daban aroma al callizo, me dispuse a esperar, paciente, con el arma palpitando al final de mi mano. De vez en cuando acariciaba con cierta ansia el gatillo, y recordaba el cuerpo de Sara, esa piel que tantas veces había desatendido en favor de cualquier banalidad. Echaba de menos su piel, su

mirada ámbar y brillante en la que nimbaban mil promesas que no le dejé cumplir. Echaba en falta su calor en la cama y la forma en que deslizaba su mano para entrelazar los dedos con los míos. Añoraba la estela etérea de su perfume al pasar por enfrente del baño, donde yo, aburrido y sentado sobre la taza del váter, mataba el tiempo leyendo las noticias deportivas del diario. Cosas que sabía que jamás regresarían a mi vida, eso era imposible. Pero al menos el saber que la persona que me las había arrebatado tampoco seguiría disfrutándolas me colmaba de satisfacción. Había cometido el error de dejar que el dulce placer de la venganza acariciase mis labios, y quien prueba los besos de esa dudosa dama no puede evitar dejarse caer en su regazo. No había otro objetivo en mi vida que detener el pulso de Jonás. Faltaba muy poco para que eso ocurriera, y una extraña y placentera excitación, que sólo podía asemejar al placer carnal, me hacía temblar en mi escondite tras el contenedor.

De vez en cuando me llegaban retazos de canciones desde el local de jazz, cada vez que alguno de los escasos clientes abría la puerta para dejar a Jonás un poco más cerca de su sentencia. Temas de Stan Getz, Nina Simone o Django Reinhardt, que componían la entrecortada banda sonora que el tráfico de la cercana avenida y las sirenas de la policía ululando por calles lejanas, aderezaban para darle un carácter más urbano. Yo, tratando de hacer más amena la espera, con la mano que no sujetaba el arma me pellizcaba levemente la pemeira del pantalón. Me producía un dolor muy leve, apenas un cosquilleo punzante que me servía para mantenerme alerta. Tenía la certeza de que Jonás no aparecería por aquel lugar hasta pasadas las tres de la madrugada, cuando el último de sus ebrios acompañantes saliera de su establecimiento, zigzagueando. Pero a pesar de ello me obligaba a mantenerme alerta, no podía dejar pasar aquella ocasión. Quién sabe si en un futuro lograría volver a reunir el dudoso coraje que me había llevado hasta ese oscuro e insalubre rincón. Tenía que ser en aquel momento. O Jonás moría aquella noche y mi venganza era satisfecha, o los fantasmas redentores que escupen en la cara de los cobardes me rondarían eternamente.

A mitad de noche, aburrido, levanté sigiloso la manga de la chaqueta y descubrí mi reloj de pulsera. A un costado de la fecha que dictaba que ya me encontraba en la madrugada del ocho de septiembre, unos dígitos temblorosos anunciaban la inminente llegada de las dos en punto.

Fue entonces, cuando estaba a punto de cumplirse mi segunda hora de espera, cuando escuché unos pasos lentos pero decididos que avanzaban por el callejón. Era un sonido extraño y de procedencia indeterminada, como si llegara por igual de todas partes. Al poco, una sombra alargada precedió la aparición del dueño de aquellos pasos que provocaban un desasosegador eco. Sin duda calzaba unos de esos caros zapatos de suela de madera, que quebraban a navajazos el silencio, como cuchillos entrando en un bloque de mantequilla. Me incliné muy levemente y observé su caminar lento y confiado por aquel callejón, un lugar que no parecía un decorado afín al hombre que se acercaba hacia donde me encontraba.

Vestía pantalones oscuros y una camisa de tono parecido, que se dejaba entrever en el centro de una gabardina gris, abotonada únicamente hasta el pecho. Caminaba con la cabeza gacha, observando el modo en que sus zapatos desplegaban aquel sonido que a mí se me antojaba ensordecedor, por todo el callejón. De aquel modo lo único que podía ver era que tenía el pelo liso y encanado, con la raya a un costado, marcada de forma muy tenue.

Se detuvo justo cuando se encontraba en mitad del callejón, frente a los contenedores de basura tras los que yo me escondía. Alzó la cabeza mirando al frente, y con unos movimientos tan estilizados que parecían una coreografía ensayada una infinidad de ocasiones, comenzó a abotonar los tres ojales que quedaban del pecho al cuello de la gabardina.

—Hoy es una noche como tantas —comenzó a hablar al aire, como si declamara desde un escenario para un teatro abarrotado—, como lo fue la de ayer, y muy similar a la que ensombrecerá esta ciudad mañana. Pero lo cierto es que esta noche pueden cambiar muchas cosas,

porque también es la noche perfecta para cometer errores, culpando a otros de los que nosotros mismos cometimos. Eso siempre resulta sencillo. Culpar a los demás narcotiza nuestra conciencia —sentenció, mientras hundía con fuerza los puños en los bolsillos de la gabardina.

Tras aquel breve soliloquio al vacío guardó unos breves segundos de silencio, como si esperara respuesta de los ladrillos rojizos que revestían la mayor parte de las paredes del callejón, o que la inexistente platea para la que había interpretado aquella breve función rompiera a aplaudir. Tras ese breve lapso giró la cabeza lentamente y miró directamente hacia el lugar donde yo me ocultaba, parapetado entre cartones por detrás de uno de los contenedores. Era completamente imposible que me viera, ni siquiera que sospechara que me encontraba ahí. Me había escondido en aquel lugar hacía más de dos horas, y en todo ese tiempo no había realizado ni el más mínimo movimiento, ni había encendido un pitillo que anunciara mi posición. No, era imposible que supiera que estaba allí. Además, la sobria penumbra por el parco alumbrado del callejón convertían el estratégico rincón de los contenedores de basura en una absorbente sombra difusa, inidentificable.

Sin embargo sus ojos restallaban en la oscuridad y yo no podía dejar de mirarlos. Eran unos ojos de color azul eléctrico, afilados, ligeramente caídos de los lados. Una mirada profunda y cargada de experiencia que había visto en mil ocasiones; era la mirada de Paul Newman. La misma con la que conquistó a Elizabeth Taylor sobre un tejado de zinc, la misma con la que compartió piano con Tom Hanks antes de que se declararan enemigos íntimos, la misma que se atiborró a huevos duros, o que compartió guiños con Robert Redford, bien fuera preparando un inolvidable timo, o montando a lomos de sendos jamelgos por áridos escenarios. Puede que el rostro no fuera el de aquel actor cuyos filmes había visto una y otra vez, pero la mirada era la misma, una de las más magnéticas y frontales que jamás hubiera visto, la mirada de un depredador, la mirada de Paul Newman. Y esa mirada sabía que yo estaba ahí.

—Uno siempre, absolutamente siempre, es quien maneja su destino —continuó al comprender que nadie rebatía sus palabras desde las sombras del callejón—. Resultaría triste condicionarlo por algo que ya no puede remediarse. Cuando muerdes un buen bocado y lo tienes en la boca puedes saborearlo tanto tiempo como quieras. Puedes empujarlo contra la lengua, removerlo, desmadejarlo con los dientes hasta extraerle todo el sabor. Pero en el momento en que lo tragues ya no podrás recuperarlo, jamás, el sabor que ha encandilado a tus papilas ya no volverá. Puedes volverte loco y hacerlo salir de nuevo, vomitarlo, pero su sabor será ácido, corrosivo, su textura pastosa y desagradable, y su aspecto aún más deplorable —negó con la cabeza en un ademán lento y cansado—. No, hay cosas que si se intentan recuperar sólo pueden volver de forma repulsiva. Hay veces que lo mejor es pasar página.

Y si se quiere conservar un buen sabor de boca, siempre se puede acudir a la cafetería del final de la avenida, la que abre durante toda la noche, tiene un pastel de manzana exquisito —concluyó antes de dejar de mirar hacia mi escondrijo, y caminar hacia la profundidad del callejón, volviendo a romper la quietud del lugar con el estruendo de las suelas de sus zapatos.

Confundido e incapaz de saber cómo actuar, miré la mano con la que sujetaba el arma, con la extrañeza propia de quien descubre por primera vez que está ahí. Extendí los dedos suavemente y el revólver cayó sobre uno de los cartones. Me levanté bruscamente echando a los lados los cartones tras los que me escondía, y miré ora a un lado, ora al otro, en busca de aquel tipo de voz profunda que tenía la misma mirada que Paul Newman. Nadie estaba en el callejón excepto yo y un gato de pelaje marrón que me miraba con la cabeza ladeada, mientras con una de sus patas traseras se rascaba con saña detrás de la oreja. Aquel tipo parecía

haberse esfumado, disuelto en la penumbra de la noche, que ya no resultaría tan redentora como había urdido.

Me agaché, recogí el revólver que escondí en el bolsillo interior de mi chaqueta, y salí del callejón sigilosamente, casi de puntillas, como si paseara por el infierno con miedo de despertar al diablo. Al alcanzar la avenida, una de las arterias principales de la ciudad, el escaso pero incesante movimiento de la calle, incluso a esa intempestiva hora, me recogió con cariño y me abrigó con la seguridad que rinde la claridad de un alumbrado adecuado y el sonido intermitente de los aspersores que refrescaban el césped de las medianas.

Recorrí la acera sin rumbo hasta que, sin saber si en realidad había querido acercarme hasta allí, o había sido un guiño del destino confabulado con el tipo con la mirada de Paul Newman, me hallé frente a la única cafetería que abría durante toda la noche en el centro de la ciudad. No lo dudé ni un instante, abrí la puerta y me introduje en el local, convirtiéndome en el único cliente de la madrugada. Me senté al final de la barra y observé la carta de la cafetería, como si no tuviera decidido qué era lo que iba a pedir, mientras desde los altavoces situados entre el botellero superior, Joe Cocker entonaba su *The simple things*. Al poco, secándose las manos con un trapo a cuadros blancos y azules, se acercó una camarera de poco más de treinta años y aspecto de colegiala pizpireta, con una coleta que le acariciaba la espalda y las mejillas consteladas por un sinfín de pecas rojizas. Sobre el pecho, generoso, una placa verde con letras en blanco, la identificaba como Selena.

—Pastel de manzana y un café con leche, por favor.

Selena me miró con extrañeza y una media sonrisa, capaz de desmenuzar montañas.

—No sale en la carta —me respondió intrigada—. ¿La ha olido?

Negué con la cabeza, sintiendo como la temperatura de mis mejillas comenzaba a subir grados de forma acelerada.

—Me apetecía cocinar y he hecho una, por practicar una receta de mi abuela. Ni siquiera pensaba sacarla a la barra.

—Puedo pedir otra cosa, no sé...un donut —aventuré con la piel del rostro totalmente encarnada.

—Ni hablar —replicó ella, notablemente divertida—. Alguien capaz de reconocer sin darse cuenta el perfume de la receta de mi abuela, merece zamparse el primer trozo. Iba a decir que invita la casa, pero en realidad lo haré yo.

Selena salió de la barra hacia la cocina contoneándose, consciente de que yo observaba con detenimiento el transcurrir de sus caderas, deseando orbitar eternamente alrededor de ellas. Cuando regresó a mi rincón de la barra tan sólo un par de minutos después, con un generoso trozo de tarta en una mano y un humeante café con leche en la otra, supe que acababa de establecerse en mi vida para siempre. Los ojos de Paul Newman nunca mienten, y los que me habían alertado en el callejón, sobre la temeridad que estaba cerca de cometer, me habían indicado el lugar donde mi vida debía reinventarse, aunque no hubiera sido consciente en ningún momento que debía hacerlo.

Pasamos las horas hasta el cambio de turno hablando y riendo. Nos contamos nuestras vidas de la forma sincera y sin concesiones, con la que se habla con alguien a quien se acaba de conocer, y del que sabes que no te va a juzgar de ningún modo. Incluso me reía al recordar el modo en el que había sido abandonado por Sara, y cómo había roto todos mis cedés de Charlie Parker al saber que me había dejado para meterse en la cama del dueño de un local de jazz. Selena acumulaba tantas cicatrices como yo, y entre ambos, aquella noche que acabó siendo mágica, juramos secarnos las suturas a besos hasta que la sangre dejara de manar.

Hay veces que las cosas ocurren por el mero hecho de que tiene que ser así. Aquel amanecer acabamos en la cama de su pequeño apartamento porque el destino así lo había decidi-

do. El comenzar a vivir juntos apenas un mes después ocurrió del mismo modo, sin siquiera proponérselo. Un día despertamos abrazados y supimos que necesitábamos que fuera así cada día.

Al año Selena estaba encinta, ocho meses y medio después nació Ginés y dos años más tarde, hizo lo propio Natalia, que inundaron de aún más alegría un hogar que no necesitaba más aderezos para resultar perfecto.

Yo seguí con mi trabajo en el laboratorio hasta la jubilación, y Selena, que había cursado un grado de administración, consiguió trabajo como secretaria en un bufete de abogados, en el que transcurrió de forma mucho más acomodada su vida laboral. Nuestras vidas, en definitiva, fueron como tantas y tantas otras, que no comprenden su situación entre la delicada línea que separa la felicidad de la desesperación, probablemente porque creen que la felicidad es sonreír a diario, cuando probablemente es no tener necesidad de llorar.

En todos esos años no volví a saber de Jonás, ni de Sara. Así como tampoco supimos nada de Vidal, el carnicero que además de trocear filetes de ternera, había hecho trizas el corazón de Selena antes de que yo apareciera por la cafetería, pidiéndole un trozo de tarta de manzana. No necesitamos saber de ellos, porque tal y como me había dicho el tipo con la mirada de Paul Newman, ese bocado ya había sido engullido. Puede que le hubiese costado pasar un poco, atorando la garganta hasta casi asfixiarme, pero finalmente lo había tragado. Con el paso del tiempo ni siquiera recordaba su sabor.

Durante toda mi vida junto a Selena sólo hubo un detalle que me provocaba cierta desazón; el no haberle contando mi encuentro con la mirada azul de Paul Newman en aquel callejón. El desvelarle aquello hubiera llevado a detallar el resto de la noche, incluida mi determinación para acabar con la vida de Jonás. Incluso me deshice del revólver arrojándolo al río dos días después de nuestro primer encuentro, desde lo alto del puente, bendecido una

vez más por la oscuridad de la noche. Sabía que Selena me amaba igual que yo la quería y necesitaba a ella, pero saber que tu pareja ha estado a punto de asesinar a alguien hubiera hecho tambalear cualquier relación, y no creí que la nuestra fuera a ser una excepción.

Así los meses se convirtieron en años, y estos, consecuentemente en décadas, en los que ambos acumulamos arrugas y emociones, risas y llantos, alegrías y tristezas, pasiones y desencuentros; una vida en común al fin y al cabo.

Una vida que finalizó de súbito cuando recién estrenada mi séptima década, mientras paseaba por el parque, haciendo tiempo antes de pasar a buscar a mi hija al trabajo, un conductor perdió el control de su flamante BMW y acabó atravesando el césped del parque, llevándose por delante a cuatro de las cinco personas que en ese momento paseaban por allí. Lo curioso es que yo no era uno de esos cuatro atropellados, y aun así mi alma huyó del cuerpo, que laxo, se desplomó inerte sobre el suelo, dejando tras de sí un cadáver impoluto, incluso hermoso. Tan sólo pude verle durante un instante antes de ser trasladado allí donde el aliento no empañaba los cristales y hubiera jurado que sonreía, que abandonaba la placidez de una vida que me había llenado de plenitud, tal y como debía hacerse, con una sonrisa curvándome unos labios pálidos por los que ya no asomaba soplo de aire alguno.

Al otro lado me recibieron hombres y mujeres de rostro difuso, en los que reinaban mohines torcidos, confusos. Se había producido un error, afirmaban. Una parca demasiado veloz a la hora de pasar la guadaña, aseguraban otros. El caso era simple, habían reclamado mi alma con demasiada prisa, creyendo que aquel BMW me arrollaría, cuando en realidad no había sido así, y aquel había sido un error irrevocable. Un fallo, imperdonable, que les avergonzaba y por el que me pedirían disculpas eternamente, pero que no podían enmendar. Podía haber enfurecido, comprobar si a ese lado los puñetazos eran capaces de hacer mella tal y como lo hacían en la vida que acababa de dejar atrás, pero de qué hubiera servido. Me

limité a asentir y dejar que una lágrima, lenta y gruesa, se deslizara por mis mejillas. Al parecer llorar no era algo exclusivamente terrenal. Algo que agradecí.

Sin embargo, antes de trasladarme allí donde la vida te conduce tras la última diástole, dado el craso error cometido y haciendo una excepción que rara vez se daba, me permitían regresar durante unos breves minutos, bajo otra apariencia, por si deseaba ver por última vez a alguien, despedirme sin llegar a decir quién era, o rozar con los dedos de forma casual, la piel de alguien a quien añorara. Podía hacerlo en cualquier lugar y momento de mi vida, y aquella concesión supuso una revelación que arrojaba luz sobre el mayor misterio de mi vida.

Asentí con la cabeza y les pedí que me trasladaran cuatro décadas atrás, concretamente al ocho de septiembre de hacía treinta y ocho años, y que lo hicieran en la entrada de un callejón cercano a la avenida de Julio Cortázar en mi ciudad. También incluí una última petición sobre mi aspecto, una que consideraba fundamental e innegociable; deseaba tener la misma mirada que Paul Newman.